

concebirse, aunque en su mano esté repetir su obra, que así quiéramos aniquilarnos? Daria lugar al triunfo de su adversario, y á que dijese éste: «Efímera es la condicion de los que más han merecido el favor divino. ¿Quién está seguro de disfrutarlo largo tiempo? Primero me destruyó á mi; ahora á la raza humana; ¿á quién le tocará luego?» Ocasión que no debe darse nunca á un enemigo para que así se mofe. Mi suerte, pues, está identificada con la tuya; la misma sentencia ha de alcanzar á ambos: si muero contigo, será para mi la muerte como la vida. Tan fuertes son los lazos con que la Naturaleza ha unido los sentimientos de mi corazón á mi existencia propia: mi existencia eres tú, porque mio es cuanto tú eres: nuestra condicion no puede ser distinta; los dos somos uno solo, una sola carne: perderte á ti, será tanto como perderme yo á mi mismo.»

Y á este razonamiento, respondió así Eva: «¡Oh prueba insigne de un extremado amor, testimonio ilustre, y sublime ejemplo, que me obliga á imitarte! Destituida de tu perfeccion ¿cómo he de lograrlo, Adán? Yo, que me envanezco de haber salido de tu costado, ¿cómo no he de regocijarme al oírte hablar así de nuestra unión, y al ver que formamos ambos un solo corazón, un alma sola? Bien lo muestras en este día, al declarar que antes que la muerte, ó cosa más temible que la muerte pueda separarnos, estás resuelto, llevado de tu entrañable amor, á seguirme en mi falta, y aún en mi crimen, si crimen hay en gustar de este hermoso fruto, cuya virtud (pues el bien procede siempre del bien, sea directa, sea accidentalmente) me ha suministrado esta preciosa prueba de tu amor, que sin ella, quizá no hubiera llegado á manifestarse tan inmenso. Y si yo hubiera creído que la muerte con que se nos amenaza habia de ser la consecuencia de mi temerario intento, yo sola hubiera arrostrado este castigo, sin tratar de exponerte á él; porque antes morir abandonada, que obligarte á una acción contraria á tu sosiego, sobre todo despues de la completa seguridad que tengo de un cariño tan verdadero, tan profundo, tan incomparable. Yo siento en mi efectos muy distintos; no la muerte, sino una vida más grande, una vista más perspicaz, otras esperanzas, otros goces y un deleite tal, que cuantos placeres han halagado hasta ahora mis sentidos me parecen insípidos y hasta ingratos. Come, pues; siguiendo mi ejemplo, Adán, sin reparo alguno, y da al viento esos mortales temores.»

Estas palabras acompañó con un estrecho abrazo, é inundados sus ojos en

lágrimas de alegría. No podia ser mayor su satisfaccion, viéndose objeto de un amor que arrostraba por ella la divina cólera ó la muerte; y en recompensa (porque á complacencia tal era lo que correspondia) presentó con pródiga mano á Adán los apetitosos frutos pendientes de su rama, que él no tuvo escrúpulo en comer contra lo que su razon le sugeria, porque no obraba ofuscado, sino seducido por una mujer encantadora.

La tierra temblaba en tanto, alterada hasta en sus más profundos senos, como acometida de un nuevo vértigo, y la Naturaleza prorumpió en un segundo gemido. Oscurecióse el firmamento; rugió sordamente el trueno, y el cielo vertió algunas tristes lágrimas al consumarse aquel pecado que en su origen llevaba ya la muerte; mas nada de esto advirtió Adán, embebecido en saborear el funesto fruto. Ni Eva temió reincidir en su atrevimiento, doblemente animada por la complicidad de su compañero; así que embriagados ambos como con un vino nuevo, se entregaron al más frenético regocijo, imaginándose sentir ya en sus pechos el aliento de la divinidad, que los levantaba sobre la despreciable tierra. Pero aquel fruto engañoso comenzó á despertar en ellos por vez primera otros afectos, encendiéndolos en lúbricos deseos: Adán miró á Eva con lascivos ojos; ella le correspondió con voluptuoso agrado, y en ambos prendió el fuego de la lujuria. Él empezó á provocarla así:

«Ahora descubro, Eva, de cuán delicado gusto, de qué gentileza estás dotada, que no es pequeña parte de la sabiduría, pues ahora distinguimos de sabores, y tenemos un buen juez en el paladar. Pero á ti es debida toda la gloria que me has proporcionado en semejante día. ¡Oh! ¡qué de placeres hemos perdido, absteniéndonos de este delicioso fruto! Hasta hoy no sabemos lo que es verdadero gusto; y si tal deleite tienen en si las cosas que se nos prohiben, debiéramos desear que la prohibición se extendiera á diez árboles en vez de uno. Ven, pues; gocemos, ya que es nuestro tanto bien, del inefable placer que este nuevo alimento nos promete. Jamás, desde que te vi por primera vez y me desposé contigo, me ha parecido tu hermosura ornada de tanto encanto, ni he sentido deseos tan vehementes de gozar de tu belleza, que me enamora como nunca: influencia sin duda de la virtud de ese árbol.»

Añadió á estas palabras acciones y miradas que indicaban la impaciencia de su amor. No era menor la de Eva, cuyos ojos despedían el fuego que la devoraba. Asíóla él de la mano, y sin resistencia alguna la condujo á un verde ribazo

cubierto por una espesa enramada que daba sombra á un lecho de flores, pensamientos, violetas, gamones y jacintos, el más fresco y muelle regazo de la tierra. Apuraron allí sin tasa sus amorosas ansias y delicias, sellando su mútuo crimen y desquitándose de su pecado, hasta que vencidos por el estupor del sueño, hubieron de renunciar á sus voluptuosos goces.

Luego que fué perdiendo aquel falso fruto la virtud con que sus suaves y penetrantes aromas habian embriagado sus espiritus y pervertido sus más íntimas facultades, desvaneciéndose el impuro letargo de un sueño que les habia representado al vivo la enormidad de su falta, se levantaron desasosegados, se miraron uno á otro, y vieron cuán distinto se ofrecia todo á sus ojos, y cuán oscura niebla cubria sus corazones. Habia huido de ellos la inocencia, que los preservaba del conocimiento del mal, ocultándose como con un velo; la confianza sincera, la rectitud natural y el honor, léjos ya de su lado, dejaban expuesta su desnudez á la criminal vergüenza que los cubria; pero al que la vergüenza cubre con su máscara, le descubre más. Como el valeroso Danita <sup>1</sup>, el hercúleo Samson, que al desasirse de los torpes brazos de la filisteo Dalila, despertó ya privado de su fuerza, volvieron ellos en sí destituidos de todas sus virtudes; y confusos y silenciosos, permanecieron sentados, contemplándose largo tiempo, sin atreverse á proferir palabra; hasta que Adán, aunque tan abatido como Eva, prorumpió al fin en sentidas quejás, diciendo:

«¡Oh Eva! ¡En mal hora diste oídos á aquel falso reptil, que nunca hubiera aprendido á remedar la voz humana! Veraz habria sido en pronosticar nuestra desgracia, no en prometernos una mentida elevacion, porque si se han abierto nuestros ojos, y sabemos discernir ya lo bueno de lo malo, hemos perdido el bien, y sólo nos queda el mal. ¡Funesto fruto de la ciencia, si consiste en conocer esto, en dejarnos así desnudos, privados de nuestro honor, de la inocencia, de la fè y de la pureza, que eran nuestro mejor ornato, ahora manchadas y envilecidas! En nuestros rostros aparecen evidentes las huellas de la insensata concupiscencia, origen de nuestros males y nuestra vergüenza, que es el mayor de todos; que en cuanto á la pérdida del bien, no debe quedarte la menor duda.—Y ¿cómo osaré yo ahora ponerme en presencia de Dios ó de los ángeles, á quienes veia ántes con tanto júbilo y enagenamiento? Sus celestiales figuras anonadarán con su irresistible esplendor esta materia terrestre. ¡Oh! ¡Si pudiera

(1) Llama á Samson *danita*, porque era de la tribu de *Dan*.